

El Herald de Mazarrón

SEMANARIO INDEPENDIENTE

Precios de Suscripción

En Mazarrón; un mes . . . 0'50 ptas.
Fuera: trimestre. . . . 2'00 »
Números sueltos. . . . 0'10 »
Comunicados y reclamos, desde 1 á 100 pe-
setas línea.

DIRECTOR PROPIETARIO

GABRIEL LORCA NAVAS

Redacción y Administración

LARDINES 25.

Toda la correspondencia se enviará al
Director

No se devuelven los originales aun cuando
no se publiquen.

Libertad, igualdad y fraternidad

En Barcelona; esa cultísima población donde el espíritu y las ideas democráticas tienen honda y estensa raigambre; donde los apóstoles de las ideas políticas más avanzadas, tienen su alcazar, desde donde combaten sin tregua ni descanso el caciquismo imperante, las coacciones gubernativas, los atropellos al derecho de los ciudadanos, á emitir libremente sus opiniones políticas, sus creencias religiosas, sus votos en las urnas, se ha dado, una vez más el triste el bochornoso, el indecente, el criminal espectáculo de asesinar, por la espalda, á quienes en uso de un derecho, en defensa de unos ideales, fueron á la ciudad condal como propagandistas.

Un día; es objeto de un atentado, aquel hombre ilustre á quien el mundo entero rindió pleitesía: Don Nicolás Salmerón.

Otro día, Don Melquiádes Alvarez se ve imposibilitado de exponer su programa político, porque una turba de escandalizadores, coarta su derecho.

Otro día; trataron de matar al Sr. Osorio y Gallardo, que defendían ideas políticas, con las que estamos en absoluto disconformes.

Y lo más triste, es que realizado el crimen, consumado el atentado personal, á que con anterioridad se escitó, vaya un exdiputado, uno de los que en Barcelona disponen de las masas, á pedir la libertad de los asesinos.

Yo que tuve el honor de acompañar al Sr. Lerroux en Murcia, cuando fué objeto de un villano

atentado; yo que fui, en unión de Juan Martínez, de los pocos, poquisimos que rodearon su persona, cubriendo con nuestros cuerpos el del Jefe, cuando este se adelantó al proscenio á increpar á los asesinos y que en estas mismas columnas, empleó un lenguaje violento para censurar aquel hecho incalificable, tengo derecho, y este no me lo concede, ni me lo quita, ni JUAN DE RAMONETE, ni ningún otro pelafustán, á protestar con todas las vehemencias de mi alma, de la brutal agresión del cobardo atentado de Barcelona, despreciando á quienes en él hallen justificación alguna.

Tan cobardes, tan asesinos me parecen los que trataron de agredir al Sr. Lerroux, en Murcia; como los que han disparado contra el Sr. Osorio, en Barcelona.

Este es el himno que hoy cantan á la democracia, en el aniversario de la proclamación de la República.

GABRIEL LORCA

11 2 914

¿Quién paga las contribuciones?

La pregunta que sirve de título á estas líneas parece, á primera vista, tan cándida como ociosa.

¿Que quién paga las contribuciones? ¿Quién ha de pagarlas? ¡Los ricos! ¡Los capitalistas!

Esto es lo que aparece á primera vista; pero estudiando atentamente el asunto veremos que en la sociedad moderna, regida por la doctrina democrática y en la

que en materia tributaria impera el principio de la «justicia fiscal», el dinero de las contribuciones de donde sale en último término, es del bolsillo de los asalariados y no del de los capitalistas.

Decía Bastiat que en todas las cosas hay lo que se ve y lo que no se ve, á cuya juiciosa y acertada definición nada escapa en el mundo.

En las contribuciones lo que se ve es que el recibo lo llevan á cobrar á la casa del rico. Lo que no se ve es que el dinero con que se paga procede de la casa del pobre.

Con arreglo á las nuevas orientaciones fiscales, el impuesto no se considera hoy ni como el precio de servicios que el individuo recibe del Estado, ni como una prima de seguro que aquél paga al Gobierno por la defensa de su persona y de sus bienes. Hoy el impuesto se considera como una carga social, que nace del mero hecho de vivir en sociedad, y los modernos apóstoles de la justicia fiscal defienden la idea de que el pesado y molesto fardo ha de cargar por entero sobre las espaldas de los capitalistas, mientras que aquéllos que no han querido ó no han sabido, con el trabajo y el ahorro, formar un capital, disfrutarán, sin ningún sacrificio, de los hermosos jardines, de las magníficas plazas, del espléndido alumbrado y de otras mil comodidades y bellezas, creadas con el dinero de sus previsores concidadaños.

Claro está que los últimos estas modernas orientaciones fisca-

les no las encuentran tan justas y agradables como los primeros, y tratan á toda costa de librarse del pesado fardo de las contribuciones, haciéndole pasar á las espaldas de los asalariados.

El fabricante lo consigue fácilmente vendiendo más caro los productos de su industria; el comerciante aumentando sus beneficios, á costa de sus clientes; el agricultor elevando el precio de los frutos de la tierra; el dueño de fincas, elevando los arrendamientos; el propietario de casas subarrendando los alquileres.

El impuesto irá de esta suerte multiplicando lo que pudiéramos llamar sus incidentes, hasta llegar á las filas de los asalariados, quienes no tienen más remedio que aprontar el dinero y pagar todas las contribuciones, que llegan á ellos diluidas en todos los gastos de su vida.

Contra esta pesada carga que les transmiten los capitalistas, no tienen los asalariados más defensa que la huelga, que además de ser un arma muchas veces ruinosa para ellos, ofrece el inconveniente de que, aunque les aumente su renta en moneda en algunos casos, no salen con ello beneficiados, porque es á cambio de disminuirles su renta real, lo que pudiéramos llamar su renta en especie, y al obrero, más que el número de monedas que cobra, lo que le interesa es los efectos que podrá adquirir y las comodidades que con esas monedas podrá proporcionarse.

A los asalariados les ocurre lo contrario que á los capitalistas. A éstos no sólo su renta nominal, sino su renta real tiende á acre-